

Educación en la cristiandad antigua

(continuación)

puesto que el arte de conducir almas es arte de artes y ciencia de ciencias.

«Todo el mundo sabe que es, sin comparación, más difícil curar las heridas de las almas que las de los cuerpos. Uno no se atrevería jamás a ejercer como médico sin conocer los remedios que pueden curar los cuerpos; los hay que no temen asumir la cualidad de médicos de almas aun no conociendo ninguna regla espiritual de esta ciencia divina» (I, 1).

RICHÉ, P.

la educación es

la espérance au futur.

(Herder, 1983)

COMIENZOS DE LAS ESCUELAS CRISTIANAS

II

I. LOS CLÉRIGOS ABANDONAN LA ESCUELA ANTIGUA

Nuevas aspiraciones

En el momento en que san Gregorio Magno escribía, comenzaban a organizarse escuelas cristianas destinadas a la formación de clérigos en las parroquias y las diócesis. Tales instituciones eran tanto más necesarias cuanto que la escuela antigua se degradaba y había desaparecido en muchos centros. Antes del siglo VI, no existían escuelas eclesiásticas. El futuro clérigo, después de haber recibido la educación moral en la familia y la educación intelectual en la escuela, recibía del obispo la educación sacerdotal. Al final del siglo V, por influencia de la autoridad espiritual y de la cultura de los monasterios, algunos maestros cristianos desearon que la enseñanza tomase una dirección enteramente distinta. ¿Para qué estudiar a los poetas paganos, que

mostraban inmoralidad? ¿Para qué aprender a hacer discursos latinos bien contruidos, que el pueblo no comprendía en absoluto? Más valía estudiar únicamente el libro por excelencia, el que Dios había dado a los hombres, la Biblia. El amante de poesía leería el libro de los Salmos; el interesado por la ciencia cosmológica encontraría satisfacción en el Génesis. El historiador tendería a su disposición las crónicas del Antiguo Testamento, y antes que estudiar la filosofía antigua, fuente evidente de herejía, más valía profundizar en el sentido del evangelio y de las epístolas.

La escuela monástica

Cuando presentaban un nuevo programa de enseñanza, los clérigos reformadores se inspiraban, sin duda alguna, en la cultura transmitida y elaborada en el seno de los monasterios desde sus orígenes.

En efecto, en los siglos IV y V, la escuela cristiana era monástica. Los padres confiaban sus hijos a los monjes, que eran los encargados de la función docente. Como que el monje medita día y noche la ley divina, ante todo debe ser capaz de leer las Escrituras. La regla de san Pacomio prescribe que, si un ignorante entra en el monasterio, aprenderá, para empezar, veinte salmos y dos epístolas. La regla de san Basilio por

otra parte, da precisiones sobre cómo se debe iniciar al niño en las Escrituras. En lugar de las fábulas antiguas que los niños solían aprender, trabajarán ahora la memoria con las máximas del libro de los Proverbios y las historias de la sagrada Biblia. Al enseñar a una niña destinada a novicia, san Jerónimo le pide que aprenda de memoria el salterio, los libros de Salomón, los evangelios de los apóstoles y los profetas. Estos son solamente algunos ejemplos del programa de instrucción monástica que heredaron los obispos en el siglo VI, cuando establecieron las escuelas presbiteriales y episcopales.

Las escuelas eclesásticas

Cesáreo de Artes, antiguo monje de Lérins, había insistido, en la regla que escribió para un monasterio de monjas, en la importancia de la cultura. Había pedido que la edad de admisión de las religiosas fuese al menos de seis o siete años, «una edad en la que puedan aprender a leer y a obedecer». Asimismo quiso que los sacerdotes rurales instruyeran a los niños en el salterio, los textos sagrados y la ley divina.

«Hemos decidido que todos los sacerdotes que están instalados en las parroquias rurales, imiten la costumbre establecida con éxito en Italia, recibiendo a jóvenes lectores todavía célibes, y que los eduquen espiritualmente como buenos

Educación en la cristiandad antigua

padres, enseñándoles los salmos, explicándoles los textos divinos, y educándolos en la ley del Señor. Así prepararán sucesores dignos y recibirán las recompensas eternas. Cuando los jóvenes lleguen a su mayoría de edad, y si alguno, por la debilidad de la carne, quiere casarse, no se le niegue el permiso para hacerlo» (concilio de Vaison, 529).

Este famoso texto está considerado como el acta de nacimiento de las escuelas parroquiales. En efecto, especializadas al principio en la formación de clérigos, admitieron rápidamente incluso a niños destinados a la vida laica, evolución inevitable cuando todas las pequeñas escuelas romanas hubieron desaparecido.

Cesáreo se había dado cuenta en sus viajes diocesanos de la ignorancia general de los fieles y de las resistencias del viejo paganismo. Era necesario evangelizar al pueblo y para ello multiplicar los sacerdotes rurales y los centros de cultura religiosa.

Al mismo tiempo, Cesáreo organizó en su casa episcopal una especie de internado donde los clérigos, viviendo en común y participando en los rezos monásticos, aprendían el oficio de clérigo y recibían enseñanza doctrinal. El que se destinaba al diaconado debía leer al menos cuatro veces los libros del Antiguo y del Nuevo Testamento. En la misma época el concilio de Toledo del año 527 organizaba una escuela episcopal: «He aquí lo que decidimos para los que es-

Comienzos de las escuelas cristianas

tán desde los primeros años destinados, por la voluntad de sus padres, al estado eclesiástico. Después de haberlos tonsurado y admitido en el grupo de los lectores deberán instalarse en la casa del obispo y, bajo la vigilancia de éste, instruidos por un maestro especial. Cuando tengan dieciocho años cumplidos, en presencia de todo el clero y de todo el pueblo, el obispo les preguntará si desean o no casarse.»

La instrucción religiosa de los laicos

Conste que la mayoría de los niños no iba a la escuela; era preciso, sin embargo, darles una educación cristiana. Mientras que en la antigüedad el catecumenado estaba organizado para laicos adultos, a partir del siglo V un número creciente de niños recibe el bautismo. La liturgia bautismal se ha transformado simplificándose, y la Iglesia abre más sus puertas a los infieles. Una vez bautizado, el niño no recibe ninguna educación religiosa especial. Los padres y los padrinos que se han comprometido por él en el día del bautismo le ayudan a aprender lo necesario. Asistiendo regularmente a los oficios y escuchando la predicación dada por el obispo o sus sacerdotes, el niño adquiere cultura religiosa.

La predicación era una de las principales tareas del obispo. Del siglo VI al VIII, los reyes, los papas, y los concilios nos lo recuerdan. Es pre-

ciso por tanto que el obispo sepa predicar. En el cuarto libro *De Doctrina Christiana*, san Agustín recuerda las reglas de la predicación cristiana y actúa así de pedagogo. Comienza por oponer retórica a elocuencia. Demasiado a menudo, en efecto, los predicadores, acordándose todavía de lecciones que habían recibido en las clases de retórica, construían hábilmente el discurso, y lo hacían demasiado oscuro para sus oyentes: «conviene vigilar, dice san Agustín, que las ideas que expresamos no se escapen del espíritu mientras se estudia cómo expresarlas según las reglas del arte. El orador no debe preferir las palabras a las cosas, su elocuencia debe ser la humilde sirvienta de la sabiduría. No debe buscar los aplausos, sino la edificación de los que lo escuchan. Es mejor que los gramáticos nos reprendan que no ser comprendidos por el pueblo» (texto 6).

Que un siglo después Cesáreo de Arles repita los mismos consejos confirma que el demonio de la hueca retórica dominaba todavía a los oradores sagrados. ¿Cómo, en estas condiciones, se puede evangelizar a la plebe urbana y sobre todo a los campesinos? Para poner a disposición de los predicadores temas de sermón accesibles a todos, Cesáreo compone un homiliario inspirándose en sermones de san Agustín, y asegura su difusión; además, da a sus colegas algunos consejos prácticos. El predicador debe ponerse al nivel del público más iletrado, asumiendo el riesgo de chocar a los más instruidos; incluso de

no haber aprendido retórica, puede, inspirándose en la sagrada Escritura, dar consejos que todos pueden seguir (texto 7). Él mismo dio ejemplo y durante la cuaresma pronunció sermones destinados a los catecúmenos. Vemos los principios que san Agustín recordaba en su obra *De catechizandis rudibus*, aplicados por Cesáreo de Arles. Éste, al igual que Agustín, sabe reanimar la atención de un auditorio, por el hecho de emplear un lenguaje concreto y gráfico. Dirigiéndose principalmente a un público de campesinos, Cesáreo explica que el alma es el campo de Dios, y que debe cultivarse tan bien como la tierra; compara el borracho al terreno pantanoso de la Camarga donde ninguna simiente puede germinar, etc.

Cesáreo no se contenta con predicar al pueblo, desea que los laicos sigan cultivándose una vez en casa, incluso los iletrados. Les pide que rumien la palabra oída en la iglesia, que lean en las comidas y durante las largas noches de invierno, que mediten los textos religiosos; era quizás pedir mucho a gentes poco cultivadas, pero tenemos aquí una vez más la prueba de que el cristianismo exige un mínimo de cultura (cf. texto 8). Después de Agustín y Cesáreo, Gregorio Magno recoge estos mismos temas a finales del siglo VI. Este antiguo monje — fue el primer monje que accedió al pontificado — quiso dar a sus obispos una regla de conducta que les ayudara a ejercer el ministerio. Después de haber

definido tal como hemos dicho antes el cargo episcopal y haber recordado que exige una preparación particular, Gregorio da, en el tercer libro de la *Regla pastoral*, consejos prácticos sobre la manera de enseñar (cf. texto 9). Los predicadores y los catequistas leerán muy a menudo estas líneas donde se reúnen la sabiduría antigua y el fervor religioso. El libro tuvo gran éxito, puesto que en vida de Gregorio se difundió por occidente e incluso se tradujo al griego, y posteriormente al anglosajón. Llegó a ser la guía de los obispos y de los maestros cristianos.

2. INNOVACIONES PEDAGÓGICAS DEL MONACATO

Descubrimiento del niño

La influencia del monacato no se ejerció simplemente sobre el contenido de la enseñanza cristiana y la forma de presentarla. Los monjes que se encargaban de educar a los niños y a los adolescentes demostraron ser, desde el principio, excelentes psicólogos, y poco a poco transformaron los métodos pedagógicos de la antigüedad. Conocieron por experiencia que el niño no era solamente un pequeño ser naturalmente inclinado al mal y al pecado, tal como los pedagogos antiguos e incluso los cristianos lo habían representado. Alimentados por el evangelio, recordaron que Cristo había amado a los niños y los había

dado como ejemplo a los que querían seguir la ley cristiana.

Parafraseando el célebre evangelio de san Mateo, el papa León Magno, en un sermón pronunciado en el tiempo de la Epifanía, lo recordó magníficamente: «Cristo ama la infancia por la cual empezó él en su alma así como en su cuerpo. Cristo ama la infancia, maestra de humildad, regla de inocencia, modelo de dulzura. Cristo ama la infancia, hacia ella orienta a los adultos, a ella hace volver a los ancianos, la da como ejemplo a todos los que eleva al reino eterno. Para comprender cómo se puede operar en nosotros una conversión tan admirable y por qué senderos debemos volver a la niñez, seamos dóciles al bienaventurado Pablo que nos dice: "No seáis niños en la inteligencia; sedlo, sí, en la madurez" (1Cor 14, 20). No es, pues, a las diversiones de la infancia, ni a sus torpes tanteos, a lo que debemos volver; es preciso pedirle alguna cosa que convenga también a la gravedad de los años, a saber, el rápido apaciguamiento de las iras, el pronto retorno a la calma, el olvido de las ofensas, la indiferencia a los honores, el amor a la unión mutua, la ecuanimidad.»

El monje niño

Los legisladores monásticos del siglo IV al VIII contemplaron afectuosamente el caso de los

niños, y previeron para ellos tratamientos particulares. Basta con releer la regla de san Basilio o las dos cartas pedagógicas de Jerónimo. Uno y otro se muestran comprensivos con la naturaleza infantil, saben atenuar el rigor de los castigos y estimular a los niños, mediante recompensas, a portarse bien. A propósito del estudio, el primero escribe:

«Se les propondrán recompensas, ya sea por los ejercicios de memoria, ya sea por sus composiciones, a fin de que se entreguen al estudio como solaz del espíritu, sin ningún disgusto, sin reticencia alguna. Conviene añadir que niños educados con semejante gravedad mantendrán más fácilmente la atención; que adquirirán el hábito de reprimir las divagaciones de la imaginación; con esta finalidad los maestros los interrogarán frecuentemente y les preguntarán constantemente por dónde andan y en qué piensan. Por lo general, a esta edad uno es simple, no sabe engañar, es inhábil en mentir, y el corazón guarda mal los secretos. Se verá cómo el niño más sujeto a las distracciones, avergonzado de ser atrapado continuamente por los pensamientos desordenados, se impone a sí mismo un freno.»

Por lo demás, sueño, vigilia, reposo, cantidad y cualidad de alimentos... los niños siguen un régimen particular adaptado a sus fuerzas; el hermano adulto que los vigila debe demostrar dulzura de carácter. «Pues las faltas de los niños deben ser corregidas con indulgencia paternal e

incluso con un lenguaje moderado.» El maestro deberá informar de las faltas graves al director de la disciplina, pues «reprender no corresponde a cualquiera, como tampoco, es propio de cualquiera dar remedios». San Jerónimo, que, sin embargo, heredó mucho de la moral antigua, se muestra pedagogo benévolo al elaborar un programa destinado a la joven Paula, consagrada a la virginidad, y más aún cuando escribe a su amigo Gaudencio sobre la educación de la pequeña Pacatula. Estos textos merecen atención pues a menudo serán releídos en la edad media (cf. texto 10).

Pedagogía benedictina

Los legisladores monásticos del siglo VI dejan por un igual la moderación y la discreción. San Benito insistió particularmente en la virtud de *discretio*. Sin duda, la disciplina del látigo es necesaria para los niños incapaces de comprender los castigos morales, por lo menos antes de los quince años; pero incluso en tal caso, Benito recomienda la suavidad en la corrección (texto 11). Consagra un capítulo a la actitud moderada que deben tener los monjes para con los menores de quince años. Un ilustre benedictino del siglo VIII, Pablo el Diácono, al escribir un comentario de la *Regla*, interpreta fielmente el espíritu de Benito, cuando dice que los golpes de-

Educación en la cristiandad antigua

ñan más que no benefician y que se debe castigar al maestro brutal. Por otra parte, quiere que las condiciones materiales en las que vive el niño no sean demasiado rudas: comodidad en el vestido, abundancia de alimento, calefacción en invierno. Prevé incluso una hora de recreo diaria, y desea que el abad recompense a los monaguillos más aplicados dándoles golosinas en la cena. En las reglas coetáneas de la regla benedictina, hallamos también el mismo deseo de no exigir demasiado a los niños, ni en los ayunos ni en el trabajo (texto 12).

Se nos muestra de este modo que los monjes han redescubierto la naturaleza infantil y todas sus riquezas. Benito rehabilita al niño cuando estima que su juicio debe respetarse «porque Samuel y Daniel, en su infancia, juzgaron a los ancianos». Admite a los monjes jóvenes en el consejo «pues a menudo el Señor revela a uno más joven lo mejor que se puede hacer». En otros textos el niño es visto frecuentemente como el intérprete del pensamiento de Dios. Después de Benito, dos ilustres monjes, Columbano en el siglo VII y Beda en el siglo VIII, formulan en los mismos términos las cuatro cualidades del niño: «no persevera en la cólera, no es rencoroso, no se deleita en la belleza de las mujeres, dice lo que piensa». Al comentar el proverbio de Salomón «la locura está ligada al corazón del niño», Beda explica que «niño» no significa «niño pequeño», sino cualquier espíritu joven, pues «conocemos

Comienzos de las escuelas cristianas

a numerosos niños entregados a la sabiduría». En otra parte constata que una de las cualidades de la infancia es la docilidad a la enseñanza de los maestros: «no contradicen a los profesores, no les oponen razonamientos y discursos, sino que reciben con confianza lo que se les enseña». Estamos aquí muy lejos de las reflexiones pesimistas de san Agustín.

Severidad para el adolescente

Para ser exactos, debemos reconocer que al tratarse de adolescentes el legislador monástico es más severo y su desconfianza coincide con la de los educadores del siglo. En los monasterios es riguroso el aprendizaje de la castidad; los baños, que para el legislador simbolizan el culto del cuerpo, están prohibidos salvo a los enfermos. En el dormitorio, los jóvenes deben estar todos separados unos de otros por los monjes de más edad y una lámpara debe quemar toda la noche. Se temen las amistades turbias que los antiguos puedan tener con los más jóvenes, y se castigan duramente. Sin embargo, cuando el adolescente ha demostrado que puede prescindir de vigilancia perpetua y que no tiene necesidad de maestro, entonces el abad lo recomienda a uno de los antiguos, que le deja mayor libertad de movimiento y se convierte en el responsable de su educación.

Educación en la cristiandad antigua

En el monasterio que es una verdadera «escuela al servicio del Señor», como dice san Benito, el abad tiene la responsabilidad de un padre y de un maestro. Este maestro debe conocer y enseñar la doctrina, debe reprender a los indisciplinados y adaptar el método a los diferentes temperamentos de los monjes. En la *Regla del Maestro*, que sin duda es anterior a la *Regla de san Benito*, el tono pedagógico es todavía más sorprendente; es un maestro que contesta a las preguntas de su discípulo y, en varias ocasiones, la palabra *schola* se emplea en el sentido de escuela. Como un buen padre de familia, el abad debe ocuparse especialmente de los delicados y de los débiles; no permite que los fuertes y partidarios de una disciplina severa determinen la marcha de la comunidad. Los niños y los adolescentes, esperanza del monasterio, son el objeto de todas sus preocupaciones. Por ello tanto en el monasterio basiliano como en el benedictino los niños se confían a un monje más antiguo y forman en el interior del monasterio una pequeña comunidad de novicios.

Instrucción monástica

Los novicios no deben ejercitarse simplemente en observar la regla y vivir la vida del evangelio; igualmente deben recibir una cultura religiosa que les permita seguir los oficios y leer el

Comienzos de las escuelas cristianas

texto por excelencia, la Biblia. Según la *Regla del Maestro*, los niños, agrupados de diez en diez debían estudiar tres horas al día las letras bajo la dirección de un monje; cuando los monjes jóvenes conocen bien los salmos son conducidos por el maestro de novicios ante el abad, y recitan un salmo, un cántico o una lectura de su elección.

Desde el origen del monaquismo, el salterio se considera el libro de lectura elemental: saber leer significa conocer el salterio. El maestro obliga a copiar los versículos sobre unas tablillas y el joven monje debe aprenderlos de memoria. Esta técnica tiene un interés triple: el alumno aprende a leer, a escribir, a impregnarse del texto sagrado. Mientras que el joven romano abordaba Virgilio u Homero después del conocimiento perfecto de las letras y el uso de pequeños textos como los dísticos de Catón, los monjes reciben de la Biblia su primera cultura; se puede comparar este método con el que utilizaba la escuela rabínica o con el que actualmente se enseña a los jóvenes musulmanes en la escuela coránica: las suras del Corán se leen, se copian sobre tablillas y aprenden de memoria bajo la dirección de un maestro; los niños las cantan balanceando la cabeza. Para aprender los salmos por orden, del 1 al 150, se precisan a veces dos o tres años con los menos dotados y de seis meses a un año con los mejores alumnos. La *Regla del Maestro* obliga a los monjes que no son todavía *psaltarii* y que viajan, a que se provean de tablillas recu-

biertas de salmos; al llegar a su destino, podrán así ejercitar su memoria, solos o con la ayuda de un hermano. Ésta es otra de las innovaciones de la pedagogía monástica; para facilitar el estudio del salterio, los jóvenes monjes se ayudan entre ellos: «Que en cada década, los monjes lean y escuchen ayudándose unos a otros; que enseñen a los ignorantes uno tras otro las letras y los salmos.» Tenemos aquí un ejemplo de enseñanza mutua que la edad media conoció luego perfectamente. Recordemos finalmente que, desde el monasterio, este método de enseñanza elemental por medio del salterio, se difundió en los otros medios y se convirtió durante gran parte de la edad media en la única manera de enseñar las letras. Una vez más, la pedagogía monástica iba a revelarse eficaz y duradera.

Lecturas

Sabiendo ya de memoria el salterio, el monje era invitado a leer personalmente durante varias horas del día. Durante la cuaresma, tiempo de penitencia, los monjes debían leer *in extenso* un libro que se les había entregado al comienzo de este período, lo cual exigía para los menos dotados un esfuerzo meritorio: «Después de las comidas, los monjes se dedicarán a sus lecturas o al estudio de los salmos; En los días de cuaresma dedíquense a la lectura desde por la mañana

hasta finalizar la hora tercera y después trabajen en lo que se les mandare hasta la hora décima completa. En estos días de cuaresma, recibían todos su correspondiente libro de la biblioteca, que deberán leer por orden y enteramente: estos libros se darán al principio de la cuaresma. Ante todo désígnense uno o dos de los antiguos que circulen por el monasterio a las horas en que los monjes se consagran a la lectura y observen si acaso se halla algún monje perezoso que en lugar de atender a la lectura se entrega al ocio y bagatelas, y no sólo no aprovecha para sí, sino que disipa a los demás.» San Benito recomienda a sus monjes leer sin perturbar el reposo de los demás, es decir, en voz baja. También en eso los maestros monásticos fueron innovadores. En efecto, en la antigüedad, se leía no como hoy, con los ojos, sino con los labios, pronunciando en voz alta las palabras escritas en el libro; ahora bien, como en el monasterio debe reinar un silencio relativo, el monje debe «leer para sí». En el siglo VII, Isidoro mostró que esta *lectio tacita* favorecía la comprensión del texto puesto que, si la voz del lector se acallaba y en silencio sus labios se movían, la *lectio* penetraba más fácilmente la inteligencia. Estramos lejos de la época en que el esclavo leía en voz alta un texto destinado a su amo. Esta costumbre monástica de la lectura en silencio saldrá también de los muros del claustro e influirá en la cultura de los letrados.

Debemos, pues, reconocer que los monjes han

hecho mucho para la evolución de la pedagogía. Sin duda, entre los principios propuestos por las reglas y su aplicación, podía haber desacuerdo; todo dependía de la personalidad del abad. Ciertos abades se guardaban de innovar y preferían conservar la tradición de la pedagogía antigua, ya fuera pagana o cristiana. Así, en el siglo VII, un monje de Ligugé, Defensor, escribió el *Liber Scintillarum* donde estaban reunidas citas de la Biblia y de los padres de la Iglesia sobre diferentes temas ascéticos. En los capítulos consagrados al respeto de los padres, a los niños, a los ancianos, a los jóvenes, a los discípulos, no encontramos nada subjetivo puesto que el monje cita a las autoridades tradicionales. Este libro se difundió en numerosos manuscritos durante toda la edad media. Además, las aplicaciones pueden diferir de un país a otro. En Irlanda, tierra del monaquismo por excelencia, los métodos son quizás más rudos que en otros sitios, aunque debamos distinguir entre niño y adolescente. Los niños, confiados muy jóvenes a monjes o monjas, se ven pronto sometidos a la disciplina monástica, practican el ayuno, ayudan en los trabajos manuales, aprenden a leer y a escribir e incluso en ciertos monasterios más desarrollados se iniciaban en las artes liberales. Éste fue el caso del joven Columbano en Bangor. La pedagogía de los monjes irlandeses fue particularmente severa para los adolescentes, más estrechamente vigilados. La lectura de los «penitenciales» irlandeses, por

otra parte, lleva a pensar que la moral sexual de los jóvenes monjes era bastante relajada.

Lo más temido por los maestros monásticos, en cuanto a los jóvenes a su cuidado, es la presencia de las mujeres. La mujer es el embrujamiento del monje. Se recuerda a menudo que ella lleva la responsabilidad de la falta original, que es el instrumento del diablo, que desvía al monje de la vida perfecta. Solamente las mujeres que muestran cualidades viriles y que de alguna manera responden al nombre de *virago* no son objeto de la desconfianza tradicional. Éstas no sólo pueden dirigir monasterios de mujeres, sino incluso, como en Irlanda, en Inglaterra o en España, monasterios dobles de hombres y de mujeres.

En estas condiciones, la educación que reciben las monjas jóvenes no difiere mucho de la de los monjes. Si leemos la regla que escribió Waldeberto de Luxeuil, vemos que la disciplina está incluso reforzada (texto 13). Sin embargo, Cesáreo de Arles, que fue el primero en escribir una regla para un monasterio femenino, había dado a una abadesa consejos de moderación. «Se te hace una demanda que conviene otorgar, otorgala con rostro sonriente. Pero para lo que no te conviene otorgar, suaviza al menos tu negativa con la conveniencia de tus palabras. Quiero que, salvo para con los vicios que te es preciso corregir y no tolerar, te muestres generosa, servicial, afectuosa y animada por los mejores sentimientos hacia todos.»

Educación en la cristiandad antigua

biertas de salmos; al llegar a su destino, podrán así ejercitar su memoria, solos o con la ayuda de un hermano. Ésta es otra de las innovaciones de la pedagogía monástica; para facilitar el estudio del salterio, los jóvenes monjes se ayudan entre ellos: «Que en cada década, los monjes lean y escuchen ayudándose unos a otros; que enseñen a los ignorantes uno tras otro las letras y los salmos.» Tenemos aquí un ejemplo de enseñanza mutua que la edad media conoció luego perfectamente. Recordemos finalmente que, desde el monasterio, este método de enseñanza elemental por medio del salterio, se difundió en los otros medios y se convirtió durante gran parte de la edad media en la única manera de enseñar las letras. Una vez más, la pedagogía monástica iba a revelarse eficaz y duradera.

Lecturas

Sabiendo ya de memoria el salterio, el monje era invitado a leer personalmente durante varias horas del día. Durante la cuaresma, tiempo de penitencia, los monjes debían leer *in extenso* un libro que se les había entregado al comienzo de este período, lo cual exigía para los menos dotados un esfuerzo meritorio: «Después de las comidas, los monjes se dedicarán a sus lecturas o al estudio de los salmos. En los días de cuaresma dedíquense a la lectura desde por la mañana

Comienzos de las escuelas cristianas

hasta finalizar la hora tercera y después trabajen en lo que se les mandare hasta la hora décima completa. En estos días de cuaresma, reciban todos su correspondiente libro de la biblioteca, que deberán leer por orden y enteramente: estos libros se darán al principio de la cuaresma. Ante todo désígnense uno o dos de los antiguos que circulen por el monasterio a las horas en que los monjes se consagran a la lectura y observen si acaso se halla algún monje perezoso que en lugar de atender a la lectura se entrega al ocio y bagatelas, y no sólo no aprovecha para sí, sino que disipa a los demás.» San Benito recomienda a sus monjes leer sin perturbar el reposo de los demás, es decir, en voz baja. También en eso los maestros monásticos fueron innovadores. En efecto, en la antigüedad, se leía no como hoy, con los ojos, sino con los labios, pronunciando en voz alta las palabras escritas en el libro; ahora bien, como en el monasterio debe reinar un silencio relativo, el monje debe «leer para sí». En el siglo VII, Isidoro mostró que esta *lectio tacita* favorecía la comprensión del texto puesto que, si la voz del lector se acallaba y en silencio sus labios se movían, la *lectio* penetraba más fácilmente la inteligencia. Estamos lejos de la época en que el esclavo leía en voz alta un texto destinado a su amo. Esta costumbre monástica de la lectura en silencio saldrá también de los muros del claustro e influirá en la cultura de los letrados.

Debemos, pues, reconocer que los monjes han

Educación en la cristiandad antigua

La vida de las monjas jóvenes que dirigía la maestra de novicias se repartía entre la oración, el trabajo manual y el estudio. Todos los legisladores desearon que las chicas tuvieran, como los muchachos, acceso a la lectura de la Biblia. No se puede hablar, como se ha hecho, de desigualdad de instrucción entre ambos sexos. No podía ser de otro modo, puesto que las chicas que permanecían en el siglo recibían igualmente cultura literaria cuando formaban parte de la nobleza. Lo mismo sucederá en la época carolingia.

Educación en la cristiandad antigua

La vida de las monjas jóvenes que dirigía la maestra de novicias se repartía entre la oración, el trabajo manual y el estudio. Todos los legisladores desearon que las chicas tuvieran, como los muchachos, acceso a la lectura de la Biblia. No se puede hablar, como se ha hecho, de desigualdad de instrucción entre ambos sexos. No podía ser de otro modo, puesto que las chicas que permanecían en el siglo recibían igualmente cultura literaria cuando formaban parte de la nobleza. Lo mismo sucederá en la época carolingia.

III

LOS EDUCADORES CAROLINGIOS

El período imperial carolingio se considera como la edad de oro de las escuelas y de los educadores. Se representa en efecto a Carlomagno como el padre de la escuela medieval y el renacimiento carolingio como el principio de una renovación de la cultura occidental. Debemos, sin embargo, distinguir épocas y ambientes.

1. EDUCACIÓN DE LOS LAICOS: LOS «ESPEJOS»

Mientras que los conceptos morales de la antigüedad se olvidaban como consecuencia de la desaparición del saber en los medios laicos, la Biblia se consideraba cada vez más como la única fuente de la vida moral, como el espejo en que debían aprender los hombres a mirarse. Conviene recordar el pasaje de la primera epístola de Santiago tantas veces releído por los educadores cristianos: «Porque quien escucha la palabra y no la pone en práctica, se parece a un hombre que